

LA ÚLTIMA MORADA DE LOS DIFUNTOS CHILOTES: UN ESTUDIO DESCRIPTIVO DE LOS CEMENTERIOS DEL ARCHIPIÉLAGO DE CHILOÉ.

THE FINAL RESTING PLACE OF THE DECEASED FROM
CHILOÉ: A DESCRIPTIVE STUDY OF THE CEMETERIES OF
THE CHILOÉ ARCHIPELAGO.

Pía Santibáñez Bórquez

Antropóloga. Magíster en Patrimonio Cultural. Investigadora Centro de Estudios Sociales de Chiloé (CESCH), Castro- Chiloé, Chile.

• piasantib@gmail.com

RESUMEN

Generalmente los cementerios están compuestos por diversos elementos simbólicos y signos, que reflejan la dualidad entre la vida y la muerte, configurados por la identidad del fallecido, los deudos y la memoria social e histórica de su territorio. En el caso del archipiélago de Chiloé, sus camposantos disponen de elementos funcionales y decorativos, tanto para el difunto como para los deudos que van a acompañar y arropar simbólicamente las tumbas de sus difuntos, con el objetivo de preservar la memoria y/o proteger el alma de aquellos que ahí reposan. A través de una rigurosa revisión bibliográfica y observación participante como instrumento para la recolección de información, facilitando una inmersión directa en las dinámicas y simbolismos que se encuentran en los camposantos chilotos, se pretende llevar a cabo un análisis descriptivo que busca identificar los principales y variados elementos que conforman las necrópolis chilotas.

El objetivo central es describir dichos camposantos, identificando los elementos comunes de atavío, clasificando los tipos de enterramiento y analizando los simbolismos presentes. Los hallazgos de esta investigación contribuirán a una mayor comprensión de estos espacios como patrimonio funerario.

SUMMARY

Cemeteries are generally composed of diverse symbolic elements and signs that reflect the duality between life and death, shaped by the identity of the deceased, their relatives, and the social and historical memory of their territory. In the case of the Chiloé archipelago, its cemeteries feature functional and decorative elements, both for the deceased and for the relatives who symbolically accompany and adorn the graves of their loved ones, with the aim of preserving the memory and/or protecting the souls of those who rest there. Through a rigorous literature review and participant observation as a data collection tool, facilitating direct immersion in the dynamics and symbolism found in Chiloé cemeteries, this study aims to conduct a descriptive analysis that seeks to identify the main and varied elements that make up the Chiloé necropolises.

The main objective is to describe these cemeteries, identifying common elements of attire, classifying burial types, and analyzing the symbolism present. The findings of this research will contribute to a greater understanding of these spaces as funerary heritage.

[Palabras claves]

Cementerios- Atavío- Elementos comunes- Chiloé.

[Key Words]

Cemeteries - Attire - Common elements - Chiloé.

Recibido 26/01/2026 / Aceptado 09/06/2026

Introducción

En 1826, junto con la anexión de Chiloé a la República, se prohibió el enterramiento intramuros y el Estado chileno legisló respecto a estos espacios por temas higiénicos y cuidados de la población en general. Al igual que el resto del país, Chiloé debió respetar esta normativa, imposibilitando la realización de inhumaciones dentro de los templos religiosos. Se cree que aquí este proceso fue más tardío y que esta práctica se seguía desarrollando junto a la construcción de los primeros cementerios, alrededor de 1836 (Sahady, Gallardo y Bravo, 2008). Como resultado, se crearon camposantos en las proximidades de las iglesias, en terrenos adyacentes (Aguilar, Ortiz y Valdés, 2012).

Así, la iglesia transformó cementerios en lugares sagrados, otorgándoles significado simbólico para la comunidad y señalizándolos con imágenes sacras y símbolos de la cruz. No eran simplemente sitios de inhumación para los difuntos, sino que simbolizaban los tres dogmas fundamentales: la resurrección de los muertos, la inmortalidad del alma y la comunión de los santos (León, 2007).

Dicha carga simbólica atribuida a estos espacios marca una nueva etapa, donde la celebración de los ritos funerarios relacionados con estos espacios y las iglesias representa un nuevo período en las tradiciones mortuorias de los chilotes (León, 2007).

Tras la separación de cementerios e iglesias surgió un nuevo ritual: "La visita al cementerio". El 1 de noviembre, Día de Todos los Santos, se estableció la práctica popular de ir a estos espacios para honrar a los muertos y embellecer sus tumbas como símbolo de la continuidad del grupo tras el fallecimiento de uno de ellos (Aries, 2011).

Así fue cómo los deudos comenzaron a embellecer los camposantos, adornando y personalizando sus tumbas, identificando con nombres a sus seres queridos fallecidos y preocupándose por el tamaño, el color y la construcción de sus nuevas moradas.

Para el siglo XIX, la cultura de la muerte ya estaba establecida en Chiloé, combinando elementos de la cultura occidental hispana, mapuche-huilliche y chona (León, 2007). Así, los cementerios chilotes se fueron conformando como expresiones culturales sincréticas que servían tanto de espacios para que los fieles reposaran hasta el juicio final (León, 2007) como de lugares donde los espíritus ancestrales vivieran en la Tierra y el Cielo (Cerdeña, 1984).

De esta manera, se fue formando una arquitectura funeraria única que realza el espacio y el paisaje religioso de cada localidad (Sahady et al., 2008). Sus diseños siguen la idea de proporcionar al cuerpo y espíritu del difunto un refugio (Fuentes, 2024) donde, a través de una serie de elementos, arropan simbólicamente a sus muertos permanentemente. Los cementerios se convirtieron en una institución cultural y religiosa, como señala French (como se citó en Aries, 2011).

Es fundamental destacar que este estudio será un primer acercamiento al análisis del patrimonio funerario de Chiloé. Se identificarán las características comunes señaladas en la escasa bibliografía relacionada con el tema de investigación,

y se triangulará mediante la observación participante de 40 cementerios del archipiélago de Chiloé para llevar a cabo un análisis descriptivo de las necrópolis chilotas. Se tiene por objetivo identificar los elementos comunes de atavío, caracterizar los tipos de enterramientos y analizar los símbolos y dinámicas existentes.

Elementos comunes de atavío de los cementerios chilotes

La preocupación y el cuidado de los vivos hacia el miembro fallecido de su comunidad genera una marca simbólica, material y espacial, como lo son estos espacios funerarios. Esta práctica de cubrir, envolver y resguardar a los muertos, señalando el sitio exacto y depositando diferentes elementos en sus tumbas, sugiere que esos cuerpos difuntos pueden seguir existiendo, pero ahora como muertos de la sociedad. Por lo tanto, deben permanecer en su nuevo hogar y no acosar al mundo de los vivos. Esto demuestra que "no hay tumbas sin cultura, ni cultura sin tumbas" (Castiglione, 2025, p.163).

Los elementos comunes de atavío, incluyendo las propias categorías de entierro, están estrechamente vinculadas con las posibilidades que ofrece el territorio. Cada grupo social genera formas específicas para disponer de sus muertos. De esta manera, la ornamentación de las tumbas en los cementerios chilotes incluye elementos propios que están directamente vinculados con una cultura y una concepción particular sobre la muerte. Estos elementos son el resultado de procesos simbólicos entre sujetos y objetos, reflejando cómo una comunidad se percibe a sí misma en un momento específico.

Los principales elementos comunes de atavío observados en los espacios cementeriales son los siguientes:

1. Orientación y ubicación:

Relacionado a la orientación de los cementerios, fuentes secundarias de información hacen alusión a la orientación del fallecido en función al camposanto, y la disposición del cuerpo inherente en estos espacios.

Vásquez de Acuña (1956) menciona que los pies del extinto deben mirar hacia las puertas o hacia el camino central de los camposantos. Otros autores hacen referencia sobre la importancia de la cabeza del occiso, sobre la cual se edifica algún símbolo y/o elemento importante. Tales como cruces, altares, vitrinas, entre otros, con el fin de especificar y conformar una cabecera para el que ahí yace.

Este elemento podría asociarse a la usanza chona de la zona, donde disponían en altura la cabeza del fallecido. Como establece León (2007), en cuanto a la recreación de una tumba indígena chona en el Museo Municipal de la ciudad de Castro "revela la preocupación de los canoeros chonos por mantener protegido el cuerpo del difunto y por conservar, una postura casi de adoración, la cabeza del fallecido" (p. 45).

La evidencia parece indicar que las sepulturas chilotas especifican la disposición del cuerpo del difunto, conformando una cabecera en todas las tipologías de sepulturas y, por ende, definiendo a su vez las extremidades. Como especifica la tesis de grado de Aguilar et al. (2012), la orientación de las sepulturas tiene como estructura tradicional definir los espacios de la cabecera y los pies de esta.

En cuanto a los puntos cardinales, de preferencia la cabeza del occiso “se orienta hacia el oriente o hacia el sur, siguiendo la tradición indígena, para quienes la localización de las lápidas tenía relación con las regiones celestiales donde habitan los espíritus benignos que protegen a los fallecidos” (Sahady et al., 2008, p.6).

Si bien los pasillos y el orden interno de las tumbas en las necrópolis chilotas es aleatorio, normalmente hay un acceso principal identificado por un pórtico techado con portón, donde se reúnen los deudos para despedir y agradecer a la comunidad por acompañarlos tras un funeral o donde los visitantes pueden reunirse mientras se resguardan de las inclemencias climáticas. Este espacio que marca una frontera imaginaria con el mundo de los vivos, a diferencia de los cementerios monumentales que vemos en las grandes ciudades del país, sigue las características de la arquitectura chilota tanto en materiales como en su forma. En el caso de los cementerios aledaños a iglesias, suelen tener un segundo acceso que se comunica directamente con estas.

Según Cerda (1984), todos los senderos se dirigen al sur. Esto probablemente responde a la antigua creencia huilliche donde el este y el sur son puntos cardinales del bien, a diferencia del norte y el oeste, donde se encuentran los espíritus del mal. En consecuencia, sur y este son los puntos cardinales predilectos para direccionar los camposantos, sepulturas y/o cabezas de los finados chilotos. Adicionalmente, la mayoría de las grandes ciudades y poblados están en la costa este de la isla grande de Chiloé y, por ende, sus cementerios “se orientan en el sentido Este-Oeste, enfrentando el este” (Cerda, 2012, p. 11).

En cuanto a la ubicación de los camposantos chilotos, estos suelen estar emplazados sobre una colina alta de la ciudad que mire hacia el mar o bien a un costado o detrás de la iglesia del poblado. Como se expresa en las siguientes citas: “Se dirigen al cementerio, que está ubicada cerca de la capilla, en una colina alta” (Cárdenas, 1978, p. 178). “En los poblados bordemarinos, los sepulcros, por lo general, miran hacia el mar” (Sahady et al., 2008, p.6).

Desde un inicio, los cementerios isleños quedaron bajo protección eclesiástica (León, 2007). Es por esto que dichos espacios mortuorios rodean casi todos los templos como en cualquier región de España (Vásquez de Acuña, 1956) en el caso de las pequeñas localidades y poblados rurales.

Dichos cementerios rurales isleños reflejan con más claridad sus raíces huilliche-mapuche, mirando hacia el este y alineados en dirección este-oeste. Generalmente, estos se encuentran al lado de iglesias, formando un conjunto. En la estructura de este lugar se puede distinguir, aunque no siempre con claridad, un eje virtual que conecta la iglesia o capilla y el cementerio. Este eje está representado por una cruz en el cementerio y otra en la iglesia que constituyen estos espacios sagrados (León, 2007) (Cerda, 2012).

En el caso de las grandes ciudades del archipiélago como Ancud, Castro y Quellón “se le ubicó -en sus orígenes- en los extramuros de ciudades o pueblos. En la actualidad suelen estar enclavados en pleno centro, por la expansión urbana que estos han experimentado” (Uribe, 1982, p. 47). A diferencia de la disposición tradicional de los espacios religiosos chiloenses, que es estar cerca de las iglesias, estos están ubicados en zonas altas mirando hacia el mar interior de Chiloé.



Figura 1. Cementerio Castro, 2024. Autoría propia.

2. Composición tríada:

Para comprender la estructura de los cementerios isleños, es importante también considerar que estos forman parte del espacio religioso, que se compone de una tríada: el cementerio, la iglesia y la explanada. Estos elementos desempeñan un papel crucial en las actividades sagradas dadas en el archipiélago de Chiloé, ya sea procesiones, funerales, matrimonios, bautizos, entre otros.



Figura 2. Tríada Petanes, 2024. Autoría propia.

Los camposantos de las áreas rurales chilotas suelen conformarse bajo esta configuración. Varios autores determinan esta composición como una extraña trilogía (Uribe, 1982) (León, 2007), donde la iglesia, la plaza y el cementerio componen el clásico paisaje de los poblados chilotos.

En las localidades rurales, el cementerio se encuentra junto a la iglesia. Esta disposición clásica consiste en colocar la iglesia en el centro, la plaza frente a su pórtico y el cementerio en la parte trasera o lateral “formando una extraña tríada en la que se conjugan recogimiento espiritual, distracción mundana y descanso eterno” (Uribe, 1982, p. 47).

Según Sahady et al. (2007), el modelo concéntrico del ordenamiento espacial en Chiloé, desde la perspectiva religiosa, coloca a la iglesia en el centro. En el primer anillo, conocido como espacio religioso, incluye la explanada, el muelle, el cementerio y el templo. Las casas particulares y los edificios públicos forman el segundo anillo, y el tercero lo integran las áreas que normalmente circundan a las entidades pobladas rurales de Chiloé, como los campos y predios agrícolas.

Es importante mencionar, que el muelle es una incorporación -solo dada por Sahady et al. (2007)- a la tríada del espacio sagrado y tiene un rol secundario, pues, según ciertos autores, solo se encuentra en las áreas costeras y simboliza más una vía de acceso que un elemento sagrado.

Por lo tanto, se tomará en cuenta la estructura del espacio religioso formada por tres elementos: templo, explanada y cementerio (Uribe, 1982) (León, 2007) donde la iglesia se convirtió en el centro identificable de cada sector o isla, un sitio de reunión periódica y zona sagrada; la explanada o plaza funciona como núcleo de encuentro para la comunidad donde las actividades sociales y comerciales más relevantes se llevan a cabo; y los cementerios, donde se constituyen y celebran los ritos mortuorios (Sahady et al., 2007).

Respecto a los cementerios, existen diferencias entre los urbanos y rurales, ya que, aunque se establece un vínculo estrecho y cercano con la iglesia desde sus inicios para prevenir que las sepulturas se realizaran de acuerdo a la costumbre indígena, no siempre existe una proximidad física; en la mayoría de las situaciones, más bien, hay un enlace administrativo. Esto quiere decir que la comunidad se distancia del cementerio cuando el asentamiento urbano se expande, como sucede en las zonas urbanas (Sahady et al., 2009).

En otras palabras, el cementerio evoluciona en directa relación a la entidad poblada en el que se localiza. En función de su ubicación, los cementerios tienden a estar más alejados del templo en proporción directa al tamaño del asentamiento. En el campo se observa una gran unidad entre el cementerio y el templo, mientras que en la ciudad existe una separación mayor (Sahady et al., 2009).

Aunque esto refleja las disparidades actuales entre los camposantos rurales y urbanos de Chiloé, esta combinación de iglesia, explanada y cementerio es un factor significativo que define la disposición de los camposantos chilotes en sus orígenes y las modificaciones que experimentan a medida que las ciudades se expanden.

3. Cultura de la madera:

El término "cultura de la madera" (Marino y Osorio, 1983) se emplea para referirse a cómo la cultura chilota se ha desarrollado gracias al empleo de esta materia prima desde épocas prehispánicas, lo que no solo afectó su trabajo, sino también su forma de pensar y su vida social.

La cultura material de la sociedad chilota, desde tiempos históricos, ha sido desarrollada a partir de la madera. Esto ha llevado a una interacción con el entorno natural que ha generado una manera cultural particular de pensar y sentir la madera, algo que no se ha observado en otras partes del país (Montiel, 2002).

Los chilotes han creado innumerables artefactos, tanto grandes como pequeños, útiles y decorativos, que están vinculados con el campo o con el mar, la construcción de casas y la edificación de sus iglesias y santería. Por eso, según Aguilar et al. (2012), la madera se convirtió en un regalo de la naturaleza. Esto hizo que adquiriera un carácter sagrado. La destreza y/o habilidad que han demostrado por siglos con este elemento, también está directamente relacionada con el asunto mortuorio que trata este escrito.

Este material se emplea en el ritual funerario para fabricar ataúdes, cruces y tumbas, así como para construir estos espacios fúnebres. Por ejemplo, delimitar el perímetro y cierre del recinto con estacas de madera para impedir el paso de animales o extraños, las grandes cruces que marcan esta zona sagrada, e incluso se utiliza en la elaboración de las clases más tradicionales de sepulturas que se encuentran en los camposantos chilotes. Esto refleja cómo este elemento natural se ha entrelazado con la vida y muerte en Chiloé (León, 2007).

Como señala Marco Antonio León (2007), se hicieron evidentes los beneficios de emplear madera en las construcciones del cementerio: "Sirvió para levantar cruces que signaban el camposanto como espacio sagrado, permitió delimitar el perímetro de este recinto con empalizadas que impedían el ingreso de animales o extraños..." (p. 207). Elementos que se evidencian en los recorridos por los espacios cementeriales y que dan cuenta del aprovechamiento de uno de los recursos fundamentales del territorio.

Un ejemplo concreto de la madera como elemento común de los cementerios chilotes es la cruz central que sirve para determinar el camposanto como un espacio sagrado (León, 2007). Como se señala en las instrucciones a los párrocos en el Sínodo de 1851:

"... y que se coloque en medio del panteón una cruz de cuatro a cinco varas, sobre una pequeña piedra, y la puerta de él sea segura y se mantenga cerrada, guardando el párroco la llave, y en los otros pueblos del territorio parroquial, la persona de su confianza". (Retamal, 1983, p. 144, como se citó en León, 2007, p. 176)

Los fiscales del archipiélago de Chiloé son los que tienen la responsabilidad de proteger las llaves del cementerio y garantizar que este espacio esté libre de influencias paganas, actuando como los actores de confianza de los sacerdotes o párrocos (León, 2007).

Como establece León, "fue en los comienzos el único material con el cual se identificaban las sepulturas de los vecinos de una localidad" (2007, p. 207). Todas las tipologías de sepulturas que se describirán posteriormente, se fabricaron con la madera que se puede hallar en los bosques chiloenses. Este recurso se empleó para construir casas-tumba, tumbas-cercos y cruces; sin embargo, con el tiempo se fueron modernizando, usando otros materiales como el cemento, cerámica, mármol y concreto.

Usualmente se asocia al patrimonio mortuorio chilote solo las tipologías en madera que son más comunes en los cementerios más tradicionales y modestos de Chiloé "compuestos exclusivamente de casitas de alerce, simples rejas de ciprés o sencillas cruces, con epitafios manuscritos" (Uribe, 1982, p. 47)

pero no se consideran las transformaciones e introducción de nuevas materialidades que ya eran percibidas en Vásquez de Acuña, (1956).

Esta adaptación e inclusión de materiales novedosos refleja tanto el dinamismo inherente como la inquietud hacia los fallecidos y sus nuevas residencias. Con el tiempo fueron ajustando, incorporando y alterando sus construcciones funerarias mediante la utilización de nuevos materiales, como ocurrió en las casas de los vivos.



Figura 3. Cruz Central Cementerio Detif, Isla Lemuy, 2025. Autoría propia

4. Tipologías comunes de sepultura:

Los cementerios de Chiloé poseen características singulares, con tumbas construidas y adornadas con ornamentación típica de la cultura campesina y de la madera (Aguilar et al., 2012). A lo largo del tiempo, han ido incorporando nuevos métodos de enterramiento y materiales relacionados. Esto ha dado lugar a cementerios diversos que combinan estructuras tradicionales chilotas, nichos contemporáneos y edificaciones que cambian en cuanto a los materiales, pero conservan el mismo significado (Santibáñez, 2019).

Por lo general, los tipos frecuentes de sepultura son “en tierra”, o sea, aquellas con el ataúd enterrado en el suelo, siendo el método tradicional. Como establece Cerda (1984), “son edificaciones rituales de significación simbólica y también metafórica” (p.9) que se ven construidas en distintas formas y estructuras.

La sepultura chilota, en términos de la estructura que asume, conserva inicialmente algunos elementos que la distinguen del resto. Como detalla Aguilar et al. (2012), “esta consiste en la delimitación del terreno donde se encuentra la sepultura, la importancia de la cabecera, con elementos propios y distintivos, el colorido de estas y los materiales con los cuales se confeccionan” (p.130).

Como se mencionó, la arquitectura funeraria chilota se destaca por la construcción en madera de una serie de tipologías que se detallan a continuación:

A) Casas-Tumbas:

Este tipo de sepultura parece ser el más popular de todas las tipologías dadas en los cementerios isleños y de cierta forma condensa la cultura mortuoria chilota tanto en el campo como en la ciudad.



Figura 4. Cementerio Teupa, 2017. Autoría propia

Como su nombre indica, son “casas” tradicionalmente hechas de madera que miden entre 1,5 y 2,0 metros de largo y entre 1,0 y 1,2 metros de ancho (Cerda, 1984). Por lo general, posee “ventanas y puertas con vidrios, marcos y pilastras pintados y tejas al natural, como es también tradicional en las viviendas chilotas” (Uribe, 1982, p. 48).

Estas pequeñas casitas originalmente eran construcciones de madera revestidas de tejas, pero hoy en día se pueden encontrar de planchas de zinc, concreto, fierro galvanizado y hormigón (León, 2007) (Sahady et al., 2008). La modificación de las materialidades y sus diseños ha estado estrechamente vinculada con las casas de los vivos. Es por ello que hoy podemos encontrar casas-tumbas que parecen ser los típicos mausoleos que vemos en las grandes ciudades de distintas partes del mundo, pero en su interior se concentra el sentido y significado mortuario chilote.

La doble funcionalidad de las casas-tumbas es uno de los elementos claves que da cuenta de la cultura de la muerte para los isleños, en el que los muertos y vivos conviven en estas pequeñas construcciones revestidas de madera, lata, cerámica o concreto, pero que tienen por objeto cubrir la sepultura tradicionalmente en tierra y, al mismo tiempo, acoger a los deudos (Cerda, 2012). En otras palabras, los llamados mausoleos de madera desempeñan un papel tanto para los desaparecidos como para sus dolientes.

La única alteración y variable de las casas-tumbas tradicionales de madera, a través del empleo de nuevos materiales, es la transición de sepulturas en tierra a mausoleos o bóvedas; sin embargo, como se mencionó, es una transformación externa, pero el significado continúa siendo el mismo.

Tradicionalmente, poseen en su interior un altar, una cruz que indica el lugar de sepultura del fallecido –si es en tierra– y bancas laterales, lo cual posibilita que parientes, deudos y acompañantes descansen o se cubran de las inclemencias



Figura 5. Diferentes materialidades de Casas-Tumbas. Autoría propia.



Figura 6. Interior Casas-Tumbas de concreto urbano y rural de la comuna de Castro. Autoría propia.

climáticas mientras rezan y comparten con sus difuntos (León, 2007). Es en el interior donde el depositario de los significados mortuarios toma mayor fuerza. Como lo establece Cerda (2012), “constituyen espacios rituales de una enorme carga significativa y sacra, representando uno de los espacios rituales más característicos de Chiloé” (p. 13).

En su interior hay una variedad de elementos para los yacentes que permiten y garantizan su viaje al más allá, como flores, velas, imágenes religiosas y fotografías para honrar su memoria mediante un gran abanico de ofrendas y elementos identitarios. También hay elementos para los deudos y visitantes: bancas, cojines, escoba, encendedores y útiles de limpieza en general para ataviar, limpiar y hacer más cómoda su visita. Además, se observan alfombras, vasos, calendarios, cortinas, repisas y lámparas que ilustran la recreación como segundas moradas.

En cuanto al origen de estas curiosas edificaciones no se tiene precisión al respecto. Algunos autores hacen mención de los legados indígenas de estas construcciones, edificando nuevas moradas para que los difuntos no regresen a perturbar a los vivos (León, 2007). Algunos sostienen que son propias de los chilotes, otros que se trata de reminiscencias de Europa y los menos afirman que son copias de viviendas que el difunto tuvo en vida (Ojeda, 2017, como se citó en Fuentes, 2024).

Respecto a las razones, numerosos estudios asocian estas edificaciones como refugio para los visitantes ante factores climáticos hostiles, como lluvias y ráfagas de viento, creando un ambiente de cobijo y refugio, que le da a la muerte un significado más familiar, próximo y aceptado en comunidad (León, 2007).

B) Tumbas-Cerco:

Estas son sepulturas en tierra que se encuentran protegidas por un “corral”, cerco de madera o “con una especie de valla hecha de tablas toscamente talladas y postes de madera” (Cooper, 1946, como se citó en Fuentes, 2024, p. 5).

Las denominadas tumba-cercos tienen como propósito delimitar y señalar el sitio del entierro “muchas veces un montículo, y proteger el sitio de la presencia de animales o la intrusión de personas. Se trata de cercos de madera tipo enrejados en donde es posible observar el rico trabajo ornamental de maderas labradas a mano...” (Cerda, 2012, p.11). Las también denominadas “rejas de ciprés” (Uribe, 1982) son un elemento indígena tradicional huilliche (Cerda, 1984) que está muy arraigado en los cementerios chilotes. Estas tumbas rodeadas por un cerco de tablas también son asociadas a tumbas veliches (Sahady et al., 2009).

Cerda (1984) la describe como un cercado perimetral de la sepultura, sin techo, construido con listones adornados. En su cabecera se coloca una cruz cristiana romana “y sus medidas generales son de 0,70 mts. de ancho por 1,50 mts. de largo. Las hay también más pequeñas para niños, o más grandes para 2 sepulturas” (p. 9-10). Debido al tamaño de estos “corrales de madera”, es fácil distinguir si se trata de un adulto o niño pequeño (León, 2007).

Según lo observado, se puede establecer que esta tipología se puede encontrar en distintos tamaños y formatos dependiendo de su capacidad. En la actualidad, se pueden encontrar de otras materialidades, ya sea latón, malla metálica, fierro, plástico o perfiles de aluminio que, al igual que los corrales de madera, demarcan y protegen esta tradicional sepultura.



Figura 7. Cerco-Tumba de diferentes materialidades en Caillín, 2020. Autoría propia.

C) Tumba-Cruz de Madera:

Las cruces de madera son las tumbas más sencillas de Chiloé urbano y rural. Dado que es el material de construcción más frecuente y de fácil confección, se emplea a menudo para señalar la ubicación donde reposa el difunto.

Por lo general, en estas sepulturas en tierra se introduce el ataúd en la fosa y, al cubrirlo, emerge un pequeño montículo. Para señalar el sitio, se sitúa una cruz en medio y hacia la cabeza de la fosa. En estas cruces, a menudo se escriben los datos más importantes a mano. Como se señala a continuación: “y en la cabecera le colocan una cruz con su nombre, la edad que la persona tenía al fallecer y la fecha de su defunción” (Cárdenas, 1978, p. 178).

Este tipo de sepultura tiene como elemento principal, y en la cabecera, una cruz que la corona. “Coronar con el signo más importante de la religión católica la sepultura de un ser querido, donde descansan sus restos” (Aguilar et al., 2012, p. 132) evidencia la arraigada y fuerte fe religiosa de la sociedad chilota.

Adicionalmente, la cruz es un símbolo funerario común en España y, como se menciona en el estudio sobre los cementerios mapuches-huilliches de la provincia de Osorno, la cruz fue uno de los primeros símbolos que tomaron los indígenas de la zona.



Figura 8. Tumba Cruz de madera, Sector la Capilla, Isla Cahuach, 2019. Autoría propia.

En este sentido, Fuentes (2024) dice: “En la cabecera de las tumbas los Mapuche colocaban cruces, costumbre tomada de los españoles, como signos simbólicos de madera...” (Fuentes, 2024, p. 3).

Aunque es un tipo de sepultura bastante común en el mundo occidental y católico, además de ser la más modesta y a menudo provisional, muchas veces comienza como una cruz y con el tiempo se va adornando hasta que los familiares construyen otro tipo de morada para sus muertos.

Estas cruces de madera que emergen desde la tierra son una clase de sepulcro muy similar o variante a la denominada “sepultura de tablonés” en otras investigaciones, que consiste en ser la manera más simple de inhumación, de forma rectangular por lo general y que siempre posee una cruz en el centro. Como señala Cerda (1984), esta consiste en: “4 tablas de unas 12 pulgadas de ancho y un canto de 3 pulgadas, enterradas periféricamente en torno a la fosa o montículo de tierra” (p. 9).

Según lo observado en los cementerios isleños, este tipo sencillo de inhumación no siempre incorpora los cuatro tablonés que circundan la fosa o el montículo de tierra. Sin embargo, parece ser la misma tipología o una variante sin tablonés, que muestra muchas similitudes con respecto a las dimensiones, la forma, la presencia de la cruz y su sencillez.

En ocasiones se añaden estos tablonés perimetrales para delimitar y establecer una especie de caja o cajón que contiene el área donde se siembran flores –o incorporan flores plásticas– con el propósito de adornar la tumba (Aguilar et al., 2012), pero no se observa en la mayoría de los casos. Sin embargo, lo más importante de esta tipología es la presencia de la cruz de madera en la cabecera del montículo de tierra, que no es lo primordial descrito en la denominada sepultura de tablonés.

Por otra parte, la cruz de madera, además, funciona como un componente propio en los rituales funerarios chilotes, así como para adornar otros tipos de sepulturas. Como señala Aguilar et al. “se encuentran elementos como la cruz de madera, característica primordial de la tradición fúnebre de la isla” (2012, p.131).

Esta tradición puede tener su origen en que antiguamente se utilizaba durante los funerales una cruz negra de alrededor de 2 metros de altura que guiaba la procesión (León, 2007). Paralelamente, los deudos y las familias en duelo contrataban a carpinteros para que construyeran cruces de madera para sus seres queridos fallecidos, las cuales solían ser labradas o talladas a mano. Es una costumbre todavía común que los familiares manden hacer una cruz de madera para ponerla en la tumba de sus seres queridos muertos; y muchas veces, el doliente más cercano lleva esa misma cruz durante la procesión fúnebre como símbolo del dolor y la tristeza que siente.

Estas cruces de madera muchas veces son depositadas como un elemento más en las otras tipologías, provocando que haya una doble cruz para un mismo difunto (Ver fotografía 9). Esta dualidad de cruces es un elemento muy común y típico de observar en los camposantos chilotes y, como se menciona anteriormente, no solo para marcar el sitio donde está enterrado el fallecido, sino como un elemento que está muy arraigado y se manda a elaborar a pesar de que no se utilizara como sepultura propiamente tal.

Por ende, las cruces de madera talladas son un elemento característico de la cultura mortuoria chilota. Se encuentran en los rituales funerarios y en distintos tipos de tumbas, y además, constituyen el modelo más simple de sepultura.

D) Tumbas- Camitas:

Este tipo de sepulcros son estructuras de cemento o concreto, que pueden ser individuales o dobles -que parecen verdaderas camas matrimoniales- y también pueden contener más de dos cuerpos, manteniendo la misma estructura pero asemejándose más bien a literas.

Se les llama “camitas” porque su composición y estructura se asemejan a camas en el espacio funerario; cada una de ellas tiene un tipo de respaldo, donde normalmente se ubican los datos de las personas fallecidas. Las individuales incluyen placas conmemorativas que contienen esta información; las dobles o más grandes, por su parte, tienen los apellidos de aquellos que duermen la eternidad en lo que, según León (2007), parece ser el lecho nupcial.

Hay dos composiciones habituales: unas totalmente de concreto, cubierto de cerámica o no, con un respaldo y una estructura rectangular del mismo material, que contiene el ataúd tipo bóveda. Otras parecen ser marquesas de cama de concreto, donde se deposita el ataúd cubriéndole de tierra. Ambas son muy populares, encontrándose en todos los tamaños y formas; incluso algunas parecen tener un respaldo diseñado para dos camas separadas.

Este tipo de tumbas es muy común encontrarlas en cementerios rurales o urbanos del archipiélago, llegando a ser el más utilizado de todos. Con el paso del tiempo, estas parecen haber ido estableciendo una nueva forma de casa-tumba, en el que sus respaldos varían: algunos se asemejan al respaldo de una cama, altares o tipo techo de dos aguas.



Figura 9. Doble cruz en Tumba-Camita, 2026. Autoría propia.

Además, cada vez es más frecuente el uso de vitrina en la cabecera de esta tipología. Según León (2007), esto podría deberse a que estos lechos nupciales pueden ser vistos como una etapa previa a las últimas moradas, ya que, al igual que las casas-tumbas, funcionan como segundas moradas donde se les atavía con diversas ofrendas y elementos tradicionales.

Estas pequeñas vitrinas construidas parecen ser unas ventanas que funcionan como espacios de almacenamiento para elementos religiosos, sentimentales o identitarios que la familia desea que estén con el difunto. Según Aguilar et al., (2012), sitúan su origen como un elemento propiamente magallánico que surge por la fuerte influencia de la cultura mortuoria chilota en Punta Arenas, pero desconocen que estas estructuras también existen en Chiloé, solo que no están registradas ni descritas como tal en ningún escrito sobre el tema.

Estas vitrinas son una especie de altar a la cabecera de un sepulcro. Al igual que las casas-tumbas, albergan toda clase de artículos para el difunto: perfumes, relojes, anteojos, bastones o figuras religiosas; además de fotografías, velas y otros elementos relacionados con estaciones o festividades locales como navidad, fiestas patrias, entre otros.



Figura 10. Tumbas- Camitas de diferentes tamaños. Autoría propia.

La función primordial de esta vitrina es la de posibilitar que se recuerde al fallecido por medio de sus pertenencias personales y su fotografía. Estas se encuentran resguardadas con un vidrio enmarcado que sirve como puerta, por lo que la familia tiene la posibilidad de redecorarlo cada vez que lo considere apropiado (Aguilar et al., 2012).

5. Altares- Cabecera:

Otro rasgo distintivo de las tumbas y cementerios chilotos son los altares que se encuentran en las cabeceras de las sepulturas, dedicados a los muertos. Aunque no se sabe con certeza de dónde proviene este elemento, se podría inferir que es un rasgo característico de la cultura mortuoria chilota, dado que se acostumbra a crear un altar en la parte superior del ataúd durante los rituales funerarios, especialmente en los velorios rurales. "Este altar se compone de una sábana blanca como telón de fondo, una fotografía del difunto y la utilización de un rosario" (Aguilar et al., 2012, p.136). Cabe destacar que también se ha observado el uso de un telón de fondo morado nazareno y la exhibición de una variedad de imágenes religiosas, como vírgenes o el sagrado corazón de Jesús, entre otras. Incluso las empresas funerarias chilotas tienen disponibles estos elementos para que se decoren y conformen estos altares en las viviendas donde se celebra el velorio.

Respecto a los altares mismos, estas construcciones pueden ser de madera tipo mesa o de concreto (Ver Figura 6 y/o 17), las cuales usualmente se adornan con un mantel sobre el cual se colocan figuras religiosas, velas, floreros, retratos, ofrendas y artículos diversos que pertenecen al fallecido.

Estos altares dedicados a los que ahí yacen son de diversas formas y materialidades e inclusive están presentes en las distintas tipologías de sepulturas presentes en los cementerios chilotos. Son muy comunes en las casas-tumbas de todas las materialidades, puesto que el amplio espacio lo posibilita y es lo que dicta la costumbre (Aguilar et al., 2012). Pero también está presente en las "camitas", donde las vitrinas actúan como verdaderos altares donde se pueden "dejar en la sepultura elementos propios del difunto y figuras religiosas para que acompañen su descanso" (Aguilar et al., 2012, p.134).

En el caso de las tumbas-cerco y tumbas-cruces de madera, los altares son las cabeceras mismas, donde con una cruz se señala la disposición del cuerpo del fallecido donde se le depositan flores plásticas, coronas de papel, guirnaldas o un sinfín de elementos para resaltar este lugar, puesto que constituye la parte más significativa de la estructura total de una sepultura (Aguilar et al., 2012). En ellos, es posible observar elementos



Figura 11. Altar-cabecera-vitrina tumba en Cucao, 2026. Autoría propia.

propios de la cultura chilota y su vasta religiosidad popular como elementos y ofrendas para el difunto y sus deudos.

6. Coronas de papel y flores plásticas:

Las coronas utilizadas para decorar las tumbas en Chiloé en su mayoría son de variados papeles de fuertes tonalidades. Como menciona Vásquez de Acuña (1956): "casi no se hacen coronas de flores naturales, por ser estas muy escasas, las que se reemplazan por unas de papeles de colores..." (p.49). El factor climático también hace más propicio este tipo de adornos florales para embellecer los cementerios y resistir el mal tiempo (León, 2007).

La utilización de estas coronas, ya sean de flores siempre verdes o de papel, no siempre fue bien recibido. La iglesia católica la criticó fuertemente. En el Sínodo de 1907, se señala expresamente que emplear flores y coronas para rendir homenaje a los fallecidos no está acorde con el espíritu de la iglesia, ya que subrayaba la vanidad humana en lugar de la sobriedad y austeridad que debían tener estos lugares sagrados (León, 2007).



Figura 12. Corona de papel en Ichuac, Isla de Lemuy, 2019.

Esta arraigada práctica de adornar las tumbas con coronas hechas de papel y flores artificiales permite que estos lugares permanezcan embellecidos por más tiempo y tengan una apariencia más agradable para el visitante (León, 2007).

El uso de flores artificiales, ya sea de papel o plástico, es una práctica muy habitual en los ritos funerarios –de despedida y póstumos– en el archipiélago de Chiloé. Es una manera de expresar respeto hacia los miembros fallecidos de las comunidades, de honrar a sus antepasados y dejarle un obsequio como signo de su identidad y permanencia en la memoria colectiva, pero a su vez es una manera de embellecer, darle color y vida a los cementerios isleños.

La principal crítica de dejar coronas de flores en los sepulcros era que no solo se hacía como recordatorio de los que ya no estaban, sino también como una forma de dar vida a la estética del cementerio chilote y, por supuesto, simbolizar la esperanza de resurrección mediante el simbolismo floral (León, 2007).

Hoy en día, podemos ver que tanto las flores plásticas como las coronas artificiales conformadas por los deudos realmente le dan una estética diferente a los camposantos isleños, con vistosos colores, que adornan y embellecen estos lugares, conformando un espacio más cercano, familiar y colorido.

Es importante agregar que la producción de estas coronas se lleva a cabo principalmente por los familiares y deudos de los extintos para ser depositadas en sus tumbas en fechas importantes como aniversario de muerte o el 1° de noviembre para el día de todos los santos.

Hay varios métodos y maneras de elaborar estas coronas funerarias. En términos generales, es común que se empleen fibras vegetales como el boqui o tubos de PVC (tipo cañerías para instalaciones de agua o eléctricas) para el armazón. Este se adorna con cintas, ramas o papeles de colores; además, se añaden flores hechas a mano con papel celofán principalmente

o plástico, para engalanarlo con flores multicolores. El uso de flores plásticas para la creación de estas coronas se ha incrementado con el tiempo. Incluso hoy en día, ya es posible observar que se venden hechas en su totalidad de este material.

La fabricación de las coronas de flores de papel es una práctica que, según los antecedentes bibliográficos disponibles, es antigua y arraigada en la zona. Si bien, no se cuenta con mayor información al respecto, sería interesante estudiar para rescatar quiénes son sus principales fabricantes, usos, tipos, tonos más utilizados, entre otros elementos de esta práctica inmaterial. Puede ser que con el tiempo vaya desapareciendo esta práctica que llena de vida y color los camposantos urbanos y rurales del archipiélago, pero que por el momento se ha reinventado con el uso de flores plásticas.

Es indudable que es uno de los componentes distintivos más frecuentes en los cementerios chilotes. Comúnmente se utiliza el papel celofán y/o metálico, de fuertes colores (rojo, verde, azul, dorado, plateado) para que se vea y dure a pesar de las inclemencias climáticas propias de la zona. La fabricación de estas coronas fúnebres es una práctica, propia de la cultura de la muerte de Chiloé, poco estudiada y conocida, pero que da cuenta del afecto, preocupación y atavío de las tumbas chilotas. Es importante señalar que igualmente, pero en menor medida, se elaboran guirnaldas con elementos naturales o de celofán, que rodean las tumbas para decorarlas.

Hasta la fecha, estas ofrendas hechas a mano son otra prueba más de lo especiales que son estos espacios fúnebres. Sin embargo, el empleo de flores plásticas de diferentes matices para confeccionar coronas o adornar por sí solas las diversas clases de sepulturas en Chiloé ha ido aumentando.

Como señala Uribe (1982) se espera que siempre haya “una alma piadosa que hasta allí lleve su humilde testimonio en un par de coronas de carey, de vistosos colores, que simbolizan el respeto y el recuerdo” (p.28), ya que la desaparición de esta práctica tendría un impacto en el patrimonio inmaterial mortuario chilote; sin embargo, lo interesante es que ha logrado reinventarse mediante el uso de flores plásticas.

7. Paleta de colores:

Otro rasgo característico de los cementerios chilotes, que se manifiesta en las numerosas visitas al terreno y se encuentra en la escasa bibliografía sobre el asunto, es la amplia gama cromática empleada en las sepulturas de todo el archipiélago. El colorido de las sepulturas da a este lugar de muerte, que generalmente se asocia con el negro, oscuridad y la penumbra, una naturaleza más amigable y próxima al espíritu comunitario “como un lugar más de encuentro, un centro de comunicación entre vivos y muertos. Lo que explicaría la luminosidad, su imagen colorida y la conexión directa que se le otorga con la realidad cotidiana” (Aguilar et al., 2012, p.89).

Los cementerios isleños, con sus fuertes tonalidades, dan vida a un lugar marcado por la muerte. Son varios los autores que señalan que la variedad de colores brillantes que se emplean en la pintura de los sepulcros isleños, así como su luminosidad y su vínculo directo con la vida diaria, se deben a que los cementerios son espacios de encuentro entre los vivos y sus difuntos (León, 2007).

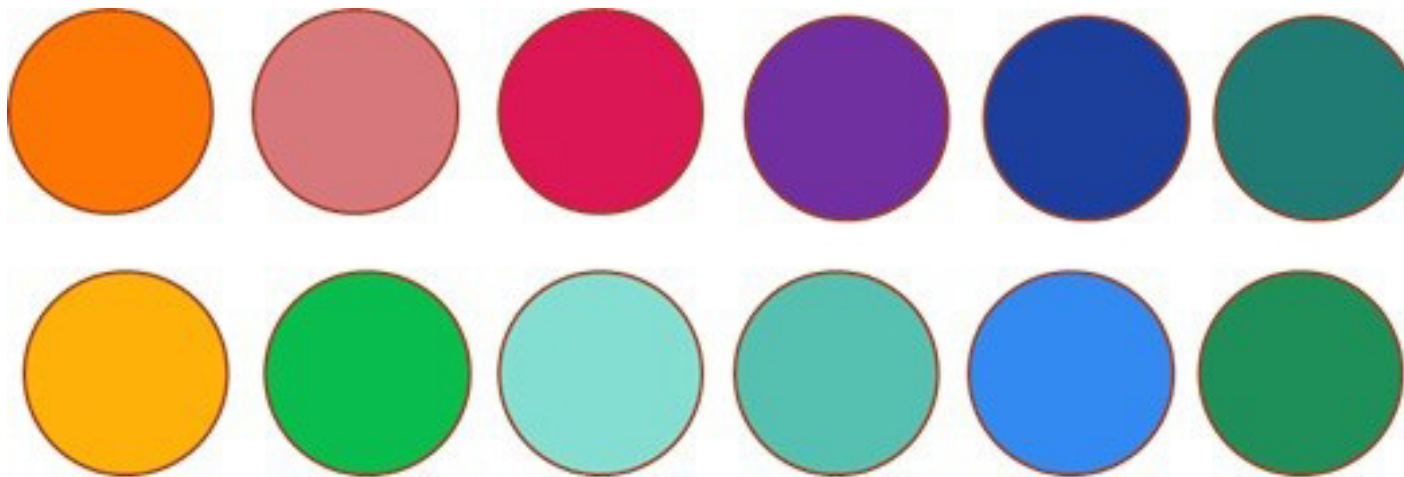


Imagen 1. Paleta cromática. Elaboración propia.

Los sepulcros tradicionales de la cultura funeraria chilense son fácilmente identificables debido a “la paleta cromática que presentan las tumbas chilotas es variada e intensa, sin atenuantes. Destacan los colores violeta, rosado, azul, verde y amarillo” (Sahady et al., 2008, p. 5) pinturas que hermosean y le dan vida al paisaje mortuario isleño.

Esta apariencia de las ciudades de los muertos coloridos (Aguilar et al., 2012) puede deberse a la forma de entender y vivenciar la muerte de un miembro de nuestra comunidad, la cual ha conformado una cultura mortuoria más cotidiana, colectiva, festiva, conmemorativa y ligada al entorno (Santibáñez, 2019).

Según lo observado en diversos camposantos de las comunas de Chiloé, la gama de tonos utilizados es la misma mencionada por autores antes señalados: violeta, rosa, blanco y amarillo. Se le suma el naranja y una amplia gama de verdes, azules y celestes. Como se aprecia en la siguiente paleta conformada a través del registro fotográfico en terreno (ver imagen 1).

Los colores vivos y llamativos de los cementerios chilotas, presentes en las coronas, flores plásticas, guirnaldas, pinturas y materialidades de sepulturas, aportan vitalidad, singularidad y asombro a quien tenga la posibilidad de observarlas.

Lo que se ha observado en estos coloridos espacios funerarios sugiere que las tonalidades usadas son acordes con los de la ciudad de los vivos; gracias a la omnipresencia que tienen los finados en la sociedad isleña, así como al atavío periódico y constante de sus tumbas, se puede deducir incluso que las tumbas se pintan con los mismos colores o con los restos de las pinturas empleadas en las casas de los vivos. Si se realiza un análisis más detallado, puede que nos demos cuenta que los tonos predominantes son los mismos utilizados en la casa de los vivos y muertos chilotas. Aunque no se tiene certeza, lo que se ha mencionado anteriormente podría ser un interesante objeto de estudio.

En cuanto al uso del blanco, azul y celeste, evidencia la influencia indígena de estas sepulturas. Estas tonalidades se imponen no por razones estéticas sino como una necesidad simbólico-cultural, puesto que están vinculados a las regiones celestiales (Este y Sur) habitadas por espíritus benignos que protegen a los difuntos en su viaje final (León, 2007).



Figura 13. Cementerio colorido de Cucao, 2026. Autoría propia.

Aguilar et al. (2012) señalan que el azul y blanco se utilizan habitualmente en la tumba de niños o también llamados “angelitos” como un requisito más bien cultural y simbólico. Aunque existen distintas interpretaciones del uso de los matices señalados, se puede afirmar por diversos estudios que está vinculado con el significado ritual que las comunidades Mapuche-Huilliche le dan en función de su manera particular de comprender el mundo, sus valores y sus creencias espirituales (Fuentes, 2024).

De acuerdo con lo que se ha visto en los cementerios, no existe una diferencia o predominancia significativa del azul y blanco en las áreas rurales ni de la gama de colores previamente mencionada en las zonas urbanas. Según lo que se ha encontrado en este estudio, la paleta cromática identificada presenta el mismo rendimiento en las áreas rurales y urbanas de Chiloé.

Aunque la utilización de estos está relacionada con la cosmovisión de esta comunidad en particular, también es importante señalar que el color y el diseño de las tumbas muchas veces responden a la identidad del finado, de sus deudos y/o de la comunidad que lo despiende.

8. Hora fatal:

Estos relojes fatales señalan con precisión el momento en que muere un miembro de la comunidad chilota. Estas peculiares placas mortuorias contienen los siguientes datos del extinto: su nombre, la fecha de nacimiento y la del fallecimiento, una fotografía del difunto y un reloj grabado con la hora exacta de su muerte.

Este verdadero libro de vida (León, 2007) es una placa recordatoria peculiar, ya que aparece la hora exacta del deceso a modo de registrar este hecho. Como se ve en la siguiente imagen:



Figura 14. Hora Fatal doble, Tumba en Rauco, 2019. Autoría propia.

No se tiene precisión del origen de esta placa fúnebre. Algunos autores mencionan que son recuerdos que vienen desde la Argentina (Uribe, 1982) (León, 2007), lo cual tiene sentido, ya que hay registro de estas placas en Río Gallegos, Puerto Deseado y otros sectores de la Patagonia Argentina. Pero asimismo de la Patagonia Chilena, como se establece a continuación: "Es atípico encontrarlas en otras partes de Chile, salvo en las ciudades de Puerto Natales y Punta Arenas donde también las hemos visto, aunque con menos frecuencia" (León, 2007, p.220).

Por ello, se podría considerar que efectivamente es originario de Argentina. Además, según lo observado, las zonas con mayor migración desde Chiloé a la Patagonia –en busca de empleo– concentran estas peculiares placas hechas de metal o bronce, donde está grabada la hora precisa del deceso y que pretenden no olvidarla (León, 2007), sino al contrario, que se mantenga en la memoria y tallada en su tumba.

La utilización de esta singular placa revela la cotidianidad y naturalidad con que el chilote aborda la muerte y que es experimentado en comunidad. La muerte pasa de ser un concepto abstracto a ser un hecho o una memoria más de la localidad, convirtiéndolo en una fuente valiosa de información. Se puede investigar el rango etario y los períodos del año en los que suelen suceder las muertes (invierno), entre otros datos a través de esta fuente no escrita de información (León, 2007).

Por último, resulta interesante mencionar que estas placas conmemorativas no solo retratan la significativa migración de chilotos hacia la Patagonia, sino que también demuestran cómo se ha apropiado un elemento de posible origen argentino, alcanzando notoriedad en esta región del país al combinarse con las ideas y creencias sobre la muerte a determinadas horas (con la vaciante o baja marea). Estas placas no solo indican la fecha y hora del suceso, si no que dan testimonio de una sociedad insular migrante.

9. Fotografías:

Es fundamental señalar que en la bibliografía existente se menciona como rasgo distintivo de estos cementerios las imágenes o fotografías de los difuntos, ya que son una forma de preservar y eternizar su imagen en vida. Así, sus amigos, familiares y visitantes pueden "apreciar las virtudes físicas de este miembro que ya no es parte del grupo social" (Aguilar et al., 2012, p.89). Es común rendir tributo de esta manera, adornando los cementerios con estos documentos gráficos de quienes allí descansan.



Figura 15. Retrato junto a imagen del nazareno en placa funeraria. Cementerio Quilquico, 2026. Autoría propia.

Esta especie de homenaje post mortem no es exclusivo de Chiloé ni Chile, pero se generalizó en el país a partir de la segunda mitad del siglo XIX y s. XX (León, 2007), pudiéndose observar en distintos formatos y tipologías de inhumación tanto en el campo como en las ciudades chilotas.

Este rito decimonónico denominado "culto al cuerpo" (Aries, 2011) se puede observar en diferentes formatos: retrato del extinto, fotografía de cuerpo completo en la que se le observe realizando alguna actividad que le guste, o una composición de una imagen del fallecido con el cielo de fondo. También, hay pinturas, fotos familiares e inclusive dibujos de niños que pretenden exaltar la individualidad del que ahí descansa. Comúnmente se observan en placas recordatorias con fotografías de metal también traídas de Argentina, en las peculiares horas fatales, y enmarcadas y depositadas en los diversos tipos de sepultura.

Según lo observado, es usual registrar los rituales de despedida y tomar fotografías grupales con la tumba como una forma de preservar estos últimos instantes entre los vivos.

10. Elementos aislados:

Para catalogar algunos de los objetos depositados en las tumbas chilotas, se elaboró esta lista con elementos aislados más utilizados en los cementerios y sepulcros de Chiloé.

Detalles de tejados casas-tumbas de Teupa: En la comuna de Chonchi, el cementerio de la localidad de Teupa cuenta con ciertos detalles en sus casas-tumbas que son bastante característicos. Los techos de estas se encuentran decorados con figuras de latón, simulando siluetas de pájaros y/o estrellas de cinco puntas. A pesar de que Carreño (2016) indica que estas piezas están hechas de madera calada con imágenes de peces, aves, estrellas o símbolos que podrían ser de los jesuitas o franciscanos; sus significados y su potencia se han desvanecido con el paso del tiempo. Actualmente no es posible observar estos detalles en madera, ni tampoco se tiene precisión acerca de su origen o significado.



Figura 16. Detalle Pajaritos, Teupa, 2019. Autoría propia.

Nazareno de Caguach: Es el santo de devoción popular más importante de Chiloé y cuenta con la festividad más grande y concurrida del archipiélago. Al ser el patrono isleño, está muy presente en la vida y muerte de los chilotas. Es por ello, que es uno de los iconos religiosos más utilizado de los recintos mortuorios en distintos formatos: imágenes religiosas, estampillas, pinturas, vitrales, entre otras formas de representarlo. Incluso el color morado en las tumbas da cuenta del fervor popular que sienten los isleños por este santo.



Figura 17. Nazareno en altar, Curaco de Vélez, Isla de Quinchao, 2020. Autoría propia.

Simbología ligada al mar: La cultura de bordemar es muy fuerte en este territorio insular. Es por esto que el vínculo con las labores marinas está presente en los camposantos isleños. Es común encontrar sepulturas decoradas con lanchas, anclas, conchas, entre otros. Esto representa a las mujeres y hombres que dedican su vida al mar.



Figura 18. Vitrina con Barco, Castro, 2024. Autoría propia.

Dormitorios de los muertos: Existen ciertas representaciones de auténticas habitaciones para dormir, en las cuales el término "cementerio" -en latín *cementarium*, que literalmente significa dormitorio- cobra sentido, ya que se recrean estos espacios tal cual para que sus muertos duerman en la eternidad. En el cementerio de Castro hay una casa-tumba de concreto perteneciente a la familia Barría-Ovalle, la cual está decorada como una habitación: dos camas que contienen los ataúdes, con veladores, lámparas e incluso instalación eléctrica. Aunque no es la única, sí es la más emblemática y ornamentada. Existen otras en diferentes formatos y ubicaciones, como en el cementerio municipal de Castro, donde se halla otro mausoleo con una apariencia similar. Estas peculiares casas-tumbas reflejan y representan de manera gráfica la metáfora o creencia de la continuidad entre dormir y morir.



Figura 19. Dormitorio (nótese cama y velador). Castro, 2019. Autoría propia

Tumba-Iglesias: Son pequeñas iglesias, pero no parece que intenten imitar una iglesia en particular de la zona. Es común encontrar en los cementerios que ya cuentan con casas-tumbas, manteniendo su misma función, pero su fachada exterior aparenta ser una iglesia. A pesar de que Chiloé es una provincia religiosa con 16 iglesias declaradas patrimonio de la humanidad, no se sabe si este tipo de tumbas son hechas por iniciativa de los difuntos, de los familiares, o si están relacionadas con el bagaje cultural comunitario vinculado a las iglesias chilotas. Sin embargo, se puede deducir que estas construcciones se conforman para que los yacientes descansen en lugares sagrados o bien por el fuerte contenido identitario de las iglesias isleñas.

Conclusiones

Las tumbas son cuidadas y embellecidas por los dolientes, quienes creen que el alma deja su cuerpo (su primera morada) al fallecer. Así, consideran las tumbas como segundas moradas, en las cuales el alma de sus difuntos se refugiará, aguardará la resurrección, descansará y se preparará para su viaje hacia el más allá.



Figura 20. Tumba-Iglesia, Quehui, 2019. Autoría propia.

En Chiloé, la madera permitió que construyeran casas reales para los muertos. No solo eran para ellos; en realidad, estas edificaciones se utilizaban como espacios de reunión con el difunto. Por lo tanto, los cementerios se fueron convirtiendo poco a poco en auténticas ciudades de los muertos, donde las tumbas familiares estaban delimitadas y se creaban espacios para socializar entre vivos y muertos. Estas materialidades cambiaron, pero abrieron paso a otras tipologías que mantenían este significado.

En estas segundas viviendas donde, por medio de ofrendas y adornos, construcciones y materialidades, se mantiene viva la memoria de los que ya no están. Esta necesidad de arroparlo y adornarlo simbólicamente revela la perspectiva animista que los chilotos tienen de la muerte, en la que se utilizan distintos elementos para rendir homenaje al difunto, como flores, velas, fotografías u objetos representativos de su identidad. También, elementos para el confort de los visitantes: sillas, bancas, escobas y encendedores, mantas y choapinos, entre otros. Estos componentes, que son útiles para el difunto, sus deudos y en cuanto a la memoria histórica del territorio, provocan la ilusión de casa mortuoria que acompañará al difunto y servirá como espacio para el encuentro entre los chilotos y sus muertos. En esta composición cementerial, aunque cambia lo material, el significado permanece igual; esto demuestra la construcción permanente, viva y vigente de su cultura mortuoria.

En la actualidad, es posible distinguir tipologías de sepulturas más allá de las tradicionales de madera, incluyendo las contemporáneas que surgen a partir de la llegada de forasteros y la profesionalización del servicio funerario. Estas incluyen nichos, bóvedas, mausoleos y otros tipos comunes de sepultura que están presentes a nivel país e internacionalmente. Sin embargo, su interior, composición y elementos adicionales les confieren características propias: vitrinas en la cabecera, flores plásticas, coronas multicolores hechas con papel, una paleta cromática común, altares, bancos, fotografías y horas fatales que reflejan cómo se vive y entiende la muerte en esta zona del país.

El uso de nuevas materialidades, como la cerámica, el concreto, el cinc y hasta las flores plásticas en lugar de las coronas de papel, evidencia que los dolientes chilotes siguen construyendo sus cementerios no solo simbólica, sino también físicamente. En otras palabras, la sepultura o contenedor varía, pero el contenido se mantiene (Santibáñez, 2019).

Por ende, se puede comprender que las prácticas inmateriales de ataviar las tumbas chilotas como segundas moradas y, a su vez, otras gestualidades asociadas, como la conformación de las coronas de papeles por los deudos, son prácticas patrimoniales inmateriales comunitarias. Lo interesante de estas prácticas es que no terminan al momento de morir uno de los suyos, sino que, justamente, a partir de este hecho surgen un sinfín de tradiciones, gestualidades y ritualidades íntimas que se viven en comunidad. Estas tienen como fin último, a su vez, mantener la memoria y cohesión social tras la pérdida de un miembro de su comunidad.

Los cementerios dependen y mantienen una conexión con la sociedad en la que están situados, creando un diálogo constante entre cadáver, territorio y ritos, lo que conforma una composición particular de los espacios de muerte. Sí comprendemos que los cementerios son espacios patrimoniales que, como construcción cultural, fomentan la cohesión social y contribuyen a la formación de identidad o a la capacidad para representar dicha identidad de un miembro, mediante acciones destinadas a preservar su memoria y utilizarla para objetivos comunitarios.

De esta forma, es fundamental entender a los cementerios como espacios patrimoniales vigentes en los que se evidencian un abanico de atributos o valores patrimoniales como el arquitectónico, conmemorativo, histórico, social, cultural, simbólico y religioso popular, por nombrar algunos. En estos espacios funerarios existe una constante transformación en la que los deudos buscan nuevas materialidades, simbolismos y usos para honrar a sus muertos, lo que evidencia que estos espacios están vivos.

Este artículo, que describe el patrimonio funerario chilote, servirá como un registro no solo del pasado, sino también del presente. Esto se debe a que los cementerios pueden ser vistos como palimpsestos en los que se superponen diversos elementos y donde continuamente se van estableciendo, reconfigurando y negociando valores e interpretaciones culturales (Smith, 2011) con el objetivo de mantener viva la memoria de sus difuntos. Este proceso cultural indica que los cementerios tienen valor patrimonial y deben ser entendidos de esa manera.

En cuanto a sus hallazgos, es importante recalcar que estos espacios funerarios chilotes no se pueden separar de la iglesia católica, tanto por su proximidad física como por su dependencia. Además, existen varios simbolismos católicos, como el uso de las cruces, altares, imágenes religiosas y hasta la cruz mayor, que dan cuenta de la fuerte influencia religiosa y su raigambre hispana.

En las comunidades chilotas, son las personas de allí quienes llevan a cabo una serie de prácticas y gestos para adornar los lugares fúnebres del archipiélago. Estas costumbres cambian y se desarrollan con el tiempo, incorporando valores sincréticos que expresan su identidad y sus ideas acerca de la muerte y

el proceso de morir en comunidad. Esto no solo determina la vigencia de estos lugares de entierro, sino que también pone de manifiesto el acervo simbólico y cultural vinculado a morir en este territorio, que es sincrético y cambiante.

Es relevante, además, constatar que existen múltiples elementos que se relacionan con el territorio chilote, tales como la utilización de la madera de estos espacios, la elaboración de flores y coronas de papel debido a la escasez de flores naturales, las clases de sepulturas para resguardarse del clima y del medio circundante, la posición y orientación, entre otros. Estos muestran lo importante que es el territorio para la creación de estos espacios y, al mismo tiempo, para la cultura funeraria del archipiélago.

Las fotografías, los simbolismos, el uso de determinados colores y las horas fatales son formas de recordar a los miembros de la comunidad que han fallecido e individualizarlos; sin embargo, estos elementos se emplean tal como piensan los isleños que deberían envolver simbólicamente a sus difuntos. Estas ideas y concepciones también están influenciadas por su contexto.

Para finalizar, es importante recalcar que este estudio es novedoso por sus hallazgos, ya que establece las características comunes de atavío de los cementerios chilotes. A pesar de que hay muy pocos estudios sobre este tema y solo unas pocas líneas en la bibliografía existente para describir estos cementerios, esto representa una primera aproximación al tema funerario del archipiélago.

Se espera que esta investigación, junto a muchas otras, contribuya a esclarecer este rico patrimonio funerario y sirva como base para futuros estudios sobre el tema. En donde las ciudades de los muertos, que representan la cosmovisión de la sociedad de los vivos, funcionen como documentos donde se pueda leer la historia de cada comunidad.

Es fundamental comprender que las necrópolis chilotas no son solamente sitios para enterrar los cuerpos de los miembros que ya no están, sino también una construcción simbólica, cultural y material dinámica creada por la sociedad isleña para estos espacios de reposo eterno. En ellos se protege la memoria colectiva e histórica de nuestros antepasados mediante distintos elementos que reflejan su perspectiva sobre la muerte. Estos espacios de diálogo constante entre vivos y muertos, como el espacio religioso en el que se encuentran, han logrado adaptarse a las transformaciones globales. Modificándose en forma, pero manteniendo su mismo significado.

Agradecimientos

A todos mis coterráneos fallecidos y a sus vivos que continúan con esta práctica de ataviar sus tumbas como sus segundas moradas. En particular, a los vivos y muertos que me motivan para seguir adelante.



Figura 21. Entierro en isla de Caucahue, 2019. Autoría propia.

Bibliografía

Aguilar, R., Ortiz, F., y Valdés, P. (2012). La tradición del rito fúnebre de la isla de Chiloé en Punta Arenas: Un aporte a la construcción de la cultura magallánica. Universidad de Magallanes. Punta Arenas, Chile.

Aries, P. (2011). El hombre ante la muerte. Madrid: Taurus Ediciones.

Cárdenas, A. (1978). Usos y costumbres de Chiloé. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.

Carreño, R. (2016). Los oficios de Chiloé. Ancud, Chile: La Bauda Ediciones.

Casteglione, C. (2025). Cementerio. En A. Benedetti (Ed.), Palabras clave para el estudio de las fronteras (pp.163-176). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Teseopress.

Cerda, G. (1984). Arquitectura Funeraria Huilliche, San Juan de la Costa, Provincia de Osorno. Arquitecturas del sur 3, 9-11.

Cerda, G. (2012). Pompa, ceremonia y rito en Chiloé. Arquitecturas del Sur, 41, 6-15

Fuentes, A. (2024). Ritualidad, Características y Reconstrucción histórica de Los Cementerios Mapuche. En G. Díaz (Ed.), Antropología Reciente. Producción disciplinar de estudiantes y egresados UCT (pp.53-68). Santiago, Chile: Ariadna Ediciones.

Gallardo, F. (2006). Arquitectura y Fiestas Religiosas. Proyecto FAU. Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad de Chile. Santiago de Chile.

León, M. A. (2007). La cultura de la muerte en Chiloé. Santiago de Chile: Ril editores.

Lagos, O. (2006). Un mundo separado. Buenos Aires, Argentina: Editorial El Ateneo.

Marino, M y Osorio, C. (1983). Chiloé, cultura de la madera. Proceso a los brujos de Chiloé, Ancud, Chile: Imprenta Cóndor.

Montiel, F. (2002). Los Últimos Constructores de Artilugos de Madera en Chiloé. Chile: Imprenta Austral.

Santibáñez, P. (2019). Atavío de tumbas en el Archipiélago de Chiloé: Ritual Mortuario como Patrimonio Cultural. XX Encuentro Iberoamericano de Valorización y Gestión de Cementerios Patrimoniales. Málaga, España.

Smith, L. (2011). El espejo patrimonial; ¿ilusión o reflexiones múltiples? Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología, (12), 39-63.

Sahady, A., Gallardo, F., Bravo, J., y Ibáñez, M.A. (2007). Las unidades espaciales asociadas a la religiosidad chilota: Evolución de las entidades pobladas. Revista de Urbanismo, (16), 1-12.

Sahady, A., Gallardo, F., y Bravo, J. (2008). Necrópolis Chilotas: Un caso en la diversidad patrimonial de un territorio Insular. Revista de Urbanismo, (19).

Sahady, A., Gallardo, F., y Bravo, M. (2009). El espacio religioso Chiloé en tiempos de fiesta. Santiago de Chile: Maval Ltda.

Uribe, M. (1982). Crónicas de Chiloé. Santiago, Chile: Alfabetá Impresores.

Vásquez de Acuña, I. (1956). Costumbres religiosas de Chiloé y su raigambre hispana. Santiago de Chile: Centro de estudios Antropológicos. Universidad de Chile.

Todas las fotografías fueron tomadas por la autora.